

LA FRATERNIDAD.

VALOR POLITICO Y SOCIAL DE ESTA PALABRA.

P.—¿Cuál es la causa de los desórdenes que turban en la tierra la armonía de las obras de la naturaleza?

R.—Estos desórdenes provienen únicamente de la violación de las relaciones naturales que deberían existir entre los hombres.

P.—¿Cuál es la regla de estas relaciones?

R.—El deber.

P.—¿Cómo pues podrían desaparecer estos desórdenes?

R.—Enseñando á los hombres que no deben formar entre sí mas que un solo ser moral.

P.—¿Cuál sería la ley de esta santa union?

R.—La fraternidad.

P.—¿Qué se entiende por esta palabra?

R.—El principio de toda justicia, de toda ciencia social y de toda moral.

P.—¿Cuál es la situación de los hombres fuera de la fraternidad?

R.—Hay naciones, pueblos y aun razas diversas; pero no hay humanidad.

Hay individuos separados unos de otros por sus intereses, y que el egoísmo concentra en sí mismos; hay amos y esclavos; clases dominadoras y una plebe envilecida; pero lo repetimos, no hay humanidad.

P.—¿Cuál es la fórmula que corresponde á esta situación?

R.—*Cada uno para sí; cada uno en su casa.*

P.—¿La fraternidad es un sentimiento únicamente cristiano?

R.—Aunque la fraternidad no haya sido siempre la regla de las antiguas sociedades, sin embargo, los sábios de todos tiempos no han cesado de recomendarla á los pueblos, y no se encuentra ni una idea, ni un sentimiento, ni una palabra, en la moral cristiana, que los filósofos de la antigüedad no hayan expresado y formulado largo tiempo antes del nacimiento del cristianismo.

Así:

“No hagas á otro lo que no quieras para tí,” es una máxima sacada de un filósofo chino.

Séneca, en su tratado *De otio sapientis*, (Reposo del sabio), ha dicho:

“Hasta el último momento de nuestra vida nos prodigaremos sin descanso, no cesaremos de dedicar nuestros cuidados al bien de todos, de ayudar á cada uno, de hacer bien con dulzura á nuestros enemigos; *opem ferre etiam inimicis, mite manu.*

En otra parte dice:

“Yo seré agradable para mis amigos, dulce y accesible para mis enemigos; yo cederé antes que se me amplique” *De vita beata*, c. 20.

En otra parte todavía:

“¡Cuánto es mas humano ser dulce como un padre para los que han pecado y guiarlos, que no perseguirlos!” (*De irá* l. 1. c. 15)

“Sed para vuestros conciudadanos lo que quereis que los dioses sean para vosotros. ¿Deseais encontrar dioses inexorables para vuestras culpas y vuestros errores; dioses que se venguen hasta el fin?” (*De clementia* lib. I.)

Y por último, en su tratado sobre *la vida devota*, se lee aún:

“Yo viviré como un hombre que ha nacido para todos los hombres y bendiciré la naturaleza” (c. 20).

En su carta 48 á Lucilio, sobre los esclavos, es todavía mas positivo:

“¿Son esclavos, escribe?—¡Decid que son hombres!—¿Son esclavos?—¡Decid que son compañeros de vuestras fatigas.—¿Son esclavos?—¡Decid que son para vos humildes amigos!—¿Son esclavos?—¡Y no lo sois vos mismo?”...

Pero es inútil citar por estenso esa página siblime que no se puede menos que debilitar al traducirla, y pasamos á Ciceron que ha escrito:

“Es la ley de la naturaleza que todo hombre haga bien á su semejante, cualquiera que sea, por el mero hecho de ser hombre como él.” (*De Officiis*. III, 6.)

Despues, á Sócrates que decia:

“¡No soy solo ateniense, no soy solo griego, soy ciudadano del mundo!”

Terminamos con una cita tomada del *Banquete* de Jenofon, discípulo del mismo Sócrates, en el cual leemos:

“Démos á los pobres para impedirles que pequen.

“Pero, responde el interlocutor Callias, ¿acaso te vuelven el dinero que han recibido de tí?

—“Nó por cierto.

—“Pero en lugar del dinero, ¿te lo agradecen por ventura?

—“Ni aun esto ¡por Júpiter! Y lo que es peor, algunos están mas mal dispuestos para conmigo despues de mi beneficio que antes.”

La conclusión es: *que no importa*, que es preciso no dejar de hacerles bien, que se debe, en una palabra, practicar la caridad por ella misma, pues de otro modo, no es caridad.

La palabra de Cristo, esa palabra tan dulce y que debia conmover tanto al mundo:

“*Amaos unos á otros como os he amado.*”

No fué, pues, mas que una repetición de lo que los filósofos de la antigüedad habian dicho largo tiempo antes de él.

P.—¿Ese precepto de Cristo fué mejor seguido de los cristianos, que los de los filósofos habian sido observados por los paganos?

R.—Desgraciadamente nó.

Las pasiones le violaron casi inmediatamente; el egoismo que combatia se rehizo contra él, y el sofisma le corrompió despues de haberle oscurecido.

P.—¿Qué se hizo para desnaturalizarle?

R.—Se sirvieron del mismo nombre de su autor.

P.—¿En qué época se ha levantado de nuevo la idea de fraternidad de entre las ruinas del antiguo egoismo?

R.—En la época de la gran revolución de 1789.

P.—¿Bajo qué forma se ha presentado?

R.—Como una de las tres faces bajo las que se presentaba la idea de la futura regeneración de la humanidad.

P.—¿Cuáles eran esas tres faces?

R.—Esas tres faces correspondian á las tres ideas siguientes:

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

P.—¿Qué significa la palabra Libertad?

R.—El *derecho* que conserva en la integridad de su ser, á cada individuo tomado por separado.

P.—¿Que significa la palabra Igualdad?

R.—La *identidad* de naturaleza y de origen que existe entre los hombres.

P.—¿Qué significa la palabra Fraternidad?

R.—El *deber* que une entre sí á los individuos, que sin esto el derecho dejaría aislados.

P.—¿Para qué esta unión del derecho y del deber?

R.—Porque el derecho por sí solo no impone ninguna abnegación; y por esta razón es impotente para resolver el problema del orden futuro.

P.—¿Cuál es, pues, la institución que puede resolver este problema?

R.—La Fraternidad.

P.—¿De qué modo debe obrar la sociedad para reducir á hechos la fraternidad?

R.—Por medio de socorros destinados á proveer á la subsistencia de todos sus miembros, sea procurándoles trabajo, si están capaces; sea procurándoles los medios de subsistir si no están en estado de trabajar.

P.—¿La sociedad está obligada á conducirse de este modo?

R.—Sí.

P.—¿De dónde le viene esta obligación?

R.—De que nadie debe estar expuesto á morir de hambre.

De aquí es que todo hombre que posee una porción cualquiera, superflua, debe ayudar á aquel á quien falta lo necesario; y al obrar así, no hace mas que pagar una deuda sagrada.

P.—¿Cuál es el mejor modo de hacer efectiva esta obligación?

R.—Inculcándola en el espíritu de la juventud por medio de la educación.

P.—¿A quién pertenece, en fin, el determinar la manera con que debe pagarse esta deuda?

R.—A la ley.